

el que se determinan las series a las que pertenecen los documentos — Registros Curiae, Pecuniae, Exercituum, Secretorum, Officialium, Gratiarum, Firmarum et Obligationum, Promiscuum, Cartas Reales, Papeles sueltos y Pergaminos de Juan II — y aquéllas que quedan por catalogar. Menciona, además, los fondos no pertenecientes a la Cancillería que contienen documentación de interés para ese período.

Para mayor mérito de la publicación que nos ocupa, se ha incluido al final del tomo II un índice toponomástico sumamente práctico para facilitar la tarea del lector. Las dificultades de la grafía de la época han sido perfectamente salvadas.

Destaquemos una vez más — ya se ha hecho antes en estos *Cuadernos* — la utilidad de obras de esta índole, destinadas a facilitar a los estudiosos el acceso a las fuentes de la historia.

EUNICE FERNÁNDEZ VIDAL.

RUSSELL, J. C., *Late Ancient and Medieval Population*, 152 p., Transactions of the American Philosophical Society, nueva serie, vol. 48, 3ª parte, Philadelphia, 1958.

El profesor J. C. Russell, de la Universidad de Nuevo México, conocido de antes por un estudio de la población inglesa medieval, amplía en la presente obra su antiguo campo de observación y, mediante la misma, ofrece un extenso panorama de la evolución demográfica de Europa del Bajo Imperio, al Renacimiento.

Desde los días en que Beloch y después Pirenne, impulsaron semejantes investigaciones, se había ido acumulando una rica información que trabajos como el de Russell, vienen a sintetizar. El propósito del autor no es sin embargo simplemente éste. La parte descriptiva de la evolución abarca sólo cuatro capítulos de los doce que componen el libro. Russell lo encabeza con un largo estudio metodológico en el que procura mostrar como los problemas y los modos de operar de la ciencia de la población, son en cierta medida aplicables al pasado. De este modo la demografía retrospectiva, tantas veces relegada a su mera dimensión cuantitativa, extiende su radio de acción hasta temas del tipo de la tasa de nacimiento, la fertilidad, el índice de la relación de los sexos, los matrimonios... (cap. II) la duración de la vida, la tasa de mortalidad (cap. III), las epidemias (cap. IV); los grupos de edades y por vivienda (cap. V) así como la urbanización (cap. VI).

La tenacidad demostrada por Russell para rastrear en las pocas informaciones de la época los menores indicios que, sometidos a adecuada elaboración proyecten luz sobre un tema, un momento o un espacio de la población europea, mueven a admiración. El autor puede así alardear de las frecuentes

tablas en las que resume gráficamente los datos compilados. Vistas en detalle las mismas, vuelve sin embargo a sorprendernos el escaso material, la distancia de las fechas ..., en suma, nada hallamos comparable a aquellas series que cabe manejar en tiempos más modernos. Por lo demás el hecho no tiene que sorprender. No obstante la conciencia de esto último, no es posible borrar la sensación de inseguridad que ofrece el terreno. Con todo, era sin duda conveniente, que el autor se atreviese a perfilar las etapas de la evolución. Así pues, tras mostrar la decadencia imperial, término de comparación para el que existen bastante datos, Russell entra en el período más oscuro, el del «nadir» (543-950), para pasar luego al del «incremento medieval» (950-1348) y por fin al «Renacimiento» (1348-1550), mejor documentados.

Desde luego no es cosa de hacer hincapié en ninguna de las fechas propuestas. El propio autor las toma con pleno carácter provisional. La última de todas merece empero un observación. Si, a pesar de las oscilaciones internas observables, la época estudiada constituye un evidente gran ciclo de población, no vemos por qué detener el hacia 1550. ¿No hubiera acaso convenido más — por razones estrictamente demográfica — prolongar la exposición hasta el siglo XVIII, fecha en que termina el ciclo de una sociedad rural y en que comienza en cambio el actual, basado en la industrialización y urbanización del mundo? Al truncar el relato en el año indicado quedan suspendidas en el aire cuestiones a las que conviene una indagación posterior. Tal es el caso de España en la que, de valorar más los datos de fines del siglo XVI, no hubiera hecho comenzar la decadencia demográfica un siglo antes de lo que ocurrió. Éste es por lo tanto el riesgo de trasladar nociones culturales o políticas, como Renacimiento, Imperio o inclusive Edad Media, a ámbitos que les son impropios, perdiendo de este modo la línea interna de desenvolvimiento, a pesar de lo que diga el autor (p. 145) sobre la coincidencia de las fases demográficas con la periodización clásica.

Para la Historia de España, el libro del Russell interesa desde luego mucho. A España le dedica un estudio propio en cada una de las etapas enunciadas. Para este fin, el autor ha manejado una excelente bibliografía de la que notamos tan sólo escasas omisiones como el artículo de Verlinden sobre la peste en España o el mediano de Roca Traver (*Hispania*, L, 1953). Ha compulsado asimismo documentación inédita custodiada por ejemplo en la Academia de la Historia, lo que abre la esperanza de que no todas las fuentes estén ya agotadas. Pero sobre todo es importante en el libro de R., la elaboración de datos por medio de los métodos empleados en la primera parte de la obra. Gracias a ésta y también a una generalización a veces atrevida, se aprecian las grandes tendencias del desenvolvimiento peninsular.

La primera etapa corresponde a la España romana (p. 73-5) que alcanzó a los 5.300.000 habitantes por lo que se infiere del número de ciudades y de su densidad. La población creció sin duda algo por efectos de la paz imperial, pero cayó probablemente a los 3 ó 4 millones durante las invasiones bárbaras

a pesar de la sangre nueva entrada en el país. El «nadir» de la población (p. 91-2) no debió ser en cambio tan grave en la península como lo fue en el resto de Europa ya que se nota cierto repunte demográfico en los días en que San Isidoro escribió su *De laude Spaniae* y después cuando la conquista musulmana vinculó Al-Ándalus al mundo árabe. El urbanismo califal constituye indudablemente una prueba del florecimiento de la población de la época. Más adelante y hasta el siglo XIII (p. 102-5), España crece al ritmo europeo. La población subió así de los 7 a los 8.300.000 e incluso en vísperas de las pestes a los 9.500.000. Las pestes redujeron, claro está, la población del país y, al decir de Russell, ésta permaneció estacionaria durante el siglo XV y decayó en cambio a lo largo del XVI, a causa de la expulsión de moros y judíos y de la emigración al Nuevo Mundo. Ya hemos dicho más arriba la opinión que nos merece la idea de esta prematura declinación. Si rectificamos en el sentido indicado la aseveración sobre el siglo XVI, aparece entonces con evidencia un ritmo de la evolución bastante singular. Se observa así un movimiento levemente ascendente y ondulatorio con máximos en torno a los nueve millones y mínimos en torno a los cuatro. La población quedaría como apesada entre ambos topes, pero cabría asimismo descubrir momentos culminantes de estas ondas y también depresiones. Los primeros serían el imperio romano, el califato, el siglo XIII y el XVI, épocas de plenitud también en lo cultural. Este ciclo se quebró con el censo de Floridablanca a partir del cual la población del país evolucionó en forma creciente y sostenida.

Por lo demás resultaría importante poder establecer el ritmo del desarrollo regional, pues sospechamos que la población del Norte y del Sur, del Centro y de la Periferia no creció de manera uniforme durante todo este período; mas los datos recogidos no permiten en su parquedad deducir nada preciso hasta ahora.

Falta finalmente señalar que la obra contiene un capítulo sobre teorías demográficas de aquellos siglos, otro sobre la población como factor de la historia de aquella época y un apéndice de M. M. Fryde sobre la población medieval polaca.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna* (publicado en el volumen III de Estudios de historia social de España), Madrid, 1955, 252 págs.

En 1949 en el Boletín de la Universidad de Granada apareció con el título de *Los cristianos nuevos. Notas para el estudio de una clase social*, un trabajo de Antonio Domínguez Ortiz, resumen de una obra inédita anterior. Aparece ahora su tercera y definitiva redacción. Objeto de la misma, los judíos y sus descendientes. Ha sido eliminado todo lo referente a moriscos, probablemente